

bierno á quien dirigirse, con quien tenían medio de tratar los soberanos, y del cual se iban á servir para arrancar á Napoleon el poder militar y civil que aun le quedaba sobre Francia.

Instituir un gobierno provisional era como declarar que ya el de Napoleon no existia, y esto significaba mucho. No se osara ponerlo por obra sin el apoyo de las doscientas mil bayonetas extranjeras que ocupaban á Paris entonces. Sin embargo, este resultado no bastaba á la impaciencia de los realistas aun escasos, pero celosos, que se agitaban en la capital, y que, á falta del número tenían en su favor el imperio de las circunstancias. Ellos quisieran que se proclamara acto continuo á los Borbones, y asediaban á Mr. de Talleyrand y á Mr. de Montesquieu para que sobre materia tan importante se adoptara un partido resuelto, declarando sin transicion y sin aplazamiento alguno á Luis XVIII como único soberano legítimo de Francia, pues no habia cesado de reinar desde la muerte del infeliz Luis XVII. Caminar tan de prisa no cuadraba ni á los cálculos de Mr. de Talleyrand, que no queria á los Borbones sin condiciones, ni á su carácter, que jamás pecaba de atropellado, ni á su prudencia, á la cual no se ocultaba que era forzoso atravesar muchos espacios intermedios. A todos los impacientes oponia sus armas habituales, el desden y la indolencia, y se creia autorizado para decirles lo que era verdad á lo menos por algun tiempo; que á él solo le atañia regular el movimiento de las cosas.

Batidos por este lado los realistas fogosos echáronse en los brazos del consejo municipal de Paris y del estado mayor de la Guardia nacional.

En uno y otro habia ricos hacendados, acaudalados negociantes, miembros distinguidos de profesiones liberales. Por consiguiente alli se debian hallar partidarios del realismo. No lo hicieron en balde; y un abogado de talento, con mas brillantez que rectitud de juicio, Mr. de Bellart, como individuo del consejo municipal redactó un manifiesto á los parisienses, en el cual enumeraba con virulento lenguaje lo que los partidos llamaban crímenes de Napoleon por aquel tiempo, lo que la historia mas justa llamará sus faltas, muy culpables por desgracia muchas de ellas, casi todas irreparables. Tras esta enumeracion prolija pasaba Mr. Bellart á proponer la destitucion de tal monarca, añadiendo resueltamente que para Francia no habia salvacion sino echándose en brazos de la dinastia legitima, y que á todo riesgo los miembros del consejo municipal creian de su deber proclamarlo á la faz de sus conciudadanos. Por unanimidad fue aprobado este manifiesto. La deliberacion tuvo lugar delante del prefecto, Mr. de Chabrol, que debia á Napoleon su elevacion repentina, como que de pronto habia pasado de la prefectura de Monténotte á la del Sena. Se hubiera podido oponer al acuerdo, mas creyó conciliar sus deberes respecto de Napoleon á quien se hallaba obligado, y respecto de los Borbones á quienes era adicto, declarando que sus convicciones se ajustaban á aquel manifiesto, si bien su gratitud le impedia firmarlo. Este documento, autorizado con la firma de todos los miembros presentes del consejo municipal, se fijó en las esquinas de las calles de Paris la misma noche del 4.º de abril, á la hora en que se instituia el gobierno provisional por el Senado.



A la par se acudió á la calle de San Florentino para obtener del gobierno provisional que se insertara en el *Monitor*. Mr. de Talleyrand moströse importunado de resultados de esta impaciencia, que en su concepto lo podia echar á perder todo. Sus colegas, excepto Mr. de Montesquiou, fueron del propio dictámen, y se contentaron con dejar que el manifiesto se fijara en las esquinas, sin darle cabida en las columnas del *Monitor*.

No fué tan feliz en el estado mayor de la Guardia nacional el mismo ensayo. El general Dessolles recién puesto á su cabeza, sin vacilar tomó partido por los Borbones, bien que bajo la inteligencia de que se les ligara con una constitucion prudente. Se prestó á los esfuerzos intentados para hacer que la Guardia nacional restaurase la escarapela blanca; pero se contuvo ante la resistencia opuesta particularmente por el gefe de estado mayor Mr. Allent, tan conocido y estimado durante treinta años como el miembro de mas lucés del Consejo de Estado. En la Guardia nacional, además de mucha ilustracion y prudencia, y de amor al orden, y de grave censura por las faltas de Napoleon, resaltaba un gran sentimiento de patriotismo. Se sonrojaba de ver al enemigo en el seno de la capital; parcialmente habia lidiado en las barreras, y peleara en masa de haber tenido fusiles, y, sobre todo, si no la abandonara la regente, y rivalizara en la defensa de París con el pueblo. Sin condenar á los que procuraban reemplazar á un gobierno ya insoportable é imposible, veia con cierta especie de repugnancia emprendida esta obra á medias en union del extranjero; y así se necesitaba de contemplaciones para llevarla de acto en

acto á la destitucion de Napoleon y á la proclamacion de los Borbones. Despues de algunas tentativas resultó en claro que no se debian acelerar demasiado las cosas por no exponerse á chocar con sentimientos honrosos, sinceros y aun muy vivos.

Esto produjo una leccion para los impacientes, y una fuerza para las personas sensatas, que á semejanza de Mr. de Talleyrand no querian que se marchara muy de prisa. A París acababa de llegar uno de los miembros mas ardientes del partido realista, y á la sazón el de mas provecho; nos referimos á Mr. de Vitrolles, despachado segun se ha visto, al campo de los soberanos aliados, admitido despues de la ruptura del congreso de Chatillon por ellos, enviado de seguida á Lorena, para dar algunos buenos consejos al conde de Artois, y prepararle de este modo al gran papel á que la Providencia le destinaba casi de fijo. Quizá no era esta la eleccion mas acertada para inspirar al príncipe los consejos de la prudencia; pero Mr. de Vitrolles, hombre de talento, familiar de Mrs. de Talleyrand y de Dalberg por largos dias, se hallaba muy convencido de que no se podia llegar sino rodeado de ellos, ni gobernar mas que con ellos. Tal era la verdad en cuanto á las personas, si no lo era aun respecto de las cosas, y la una podia conducir á la otra. Llegado Mr. de Vitrolles á Nancy, no sin trabajo halló al príncipe, obligado á esconderse todavía, y le llenó de gozo al enterarle de las recientes resoluciones de los soberanos, y de las razones que habia para esperar un próximo cambio del estado de las cosas en Francia. La noticia de la batalla del 30 de marzo trasformó esta esperanza en certidumbre. El príncipe, á quien el



júbilo amoldaba para oirlo y otorgarlo todo, no opuso objeciones á nada. Rodearse de hombres que se habian hecho ilustres y continuaban poderosos, y tratar bien al ejército, le parecia lo mas sencillo del mundo.—Además, repetia con frecuencia, yo he conocido mucho al obispo de Autun, algunos de los mejores años de nuestra mocedad los pasamos juntos, y estoy cierto de que me profesa los mismos sentimientos de amistad que conservo hacia su persona.—Con efecto, cuando el conde de Artois era jóven y dado á los placeres, encontró á Mr. de Talleyrand haciendo y pensando con su hábito sacerdotal lo que hacia y pensaba el príncipe con su traje de caballero. Verdad es que el conde de Artois se habia arrepentido y Mr. de Talleyrand ni por asomo, pero tales recuerdos formaban entre ambos un linaje de vínculo que no les era desagradable. Al asegurar Mr. de Vitrolles al príncipe que en Mr. de Talleyrand hallaria sentimientos análogos á los suyos, le recomendó mucho que no le llamara obispo de Autun, y aplicóse á grabar en su memoria que el obispo de Autun, salido de las órdenes y casado, ya era príncipe de Benevento, gran dignatario del imperio y presidente del Senado. Advertido el conde de Artois se corregia y llamaba á Mr. de Talleyrand príncipe de Benevento, un instante despues le volvía á llamar obispo de Autun, lo enmendaba de nuevo, tornaba á incurrir en la misma falta, y ya en estas cosas insignificantes daba el ejemplo de aquella infeliz memoria, de la cual nada habia salido, en la cual no debia penetrar nada, y que dos veces mas iba á originar su caída y la de su raza augusta (1).

(1) No me gusta la caricatura en la historia, y aquí no

Por de pronto el único punto en que urgía quedar acordes, se limitaba á rodearse de los hombres del imperio que se manifestaban propicios á entregar el imperio á los Borbones, y sobre este punto Mr. de Vitrolles y el conde de Artois convinieron naturalmente. Però el príncipe queria entrar en París de seguida, y hacer tambien que allí se reconociera su título de lugarteniente general del reino, como exclusivamente emanado de Luis XVIII, que no se habia movido de Hartwell, residencia situada en las cercanías de Lóndres. Del mismo dictámen participaba Mr. de Vitrolles, y tomó la vuelta de París con ánimo de negociar esta entrada inmediata, y este reconocimiento ilimitado de lugarteniente general del reino. Segun se ha visto, en el camino hallóse expuesto á los accidentes mas extraños; cogido y soltado con Mr. de Wessenberg, al fin llegó á París y presentóse de pronto en el palacio de la calle de San Florentino, á la hora en que ocupándose del conde de Artois muy poco, se pensaba en desembarazarse sucesivamente de los lazos que unian aun las personas y las cosas al imperio. Aunque aflojados estos lazos y casi rotos, faltaba romperlos definitivamente, para lo cual se queria un poco de tiempo. Despues de instituir el Senado un gobierno provisional, se aprestaba á declarar á Napoleon destituido, bien que solo al precio de una constitucion se queria entregar á los Borbones. Mr. de Talleyrand, que pensaba del mismo modo, ya hacia veinte y cuatro horas que prometo propongo hacerla de ninguna manera; solo refiero este detalle por parecerme característico, y porque se halla en las Memorias de Mr. de Vitrolles, interesantes, ingeniosas y muy sinceras.



metía á todos los senadores que se satisfarian sus deseos; y además el emperador Alejandro, sinceramente prendado entonces de las ideas liberales, con la cabal buena fé comun á sus primeras impresiones, se decia que importaba dar á Europa, no solamente la paz, sino la libertad, empezando por Francia. Asi en estos dos ó tres primeros dias habia que hacer muy otras cosas que recibir al conde de Artois con los brazos abiertos; habia que romper definitivamente con Napoleon, destituyéndole del trono; habia que determinar la forma del futuro gobierno, y que redactar una constitucion, y que imponerla como condicion del nuevo reinado.

Grande fué el asombro del mensajero del conde de Artois. Mr. de Vitrolles era de natural impetuoso, dado á mezclarse en las cosas mas elevadas, y aun superiores á la posicion suya, y se mostraba ufano de los peligros por que habia pasado y muy envanecido de su nueva importancia. Dotado de inteligencia notable, se le alcanzaba de sobra que no podian reinar los Borbones como en otros tiempos, mas la pretension de imponerles condiciones, ya fuesen escritas ó sobrentendidas, le confundia de sorpresa y de indignacion (sentimiento arraigado entonces en el corazon de todos los realistas), y de buen grado soltara especies muy intempestivas, si no contuviera sus impetus la magnitud de cuanto pasaba ante sus ojos. Con todo, comprendió que, antes de recibir al principe bajo cualesquiera condiciones, se necesitaba destronar á Napoleon no estándolo todavía, é inducir á esta resolucion á un gran cuerpo, al Senado, poco estimado del público sin duda, bien que contenia los mejores restos de la revolucion francesa y

estaba armado con sus grandes principios; y se necesitaba finalmente consumir la tal obra á la vista de un ejército mandado por Napoleon en persona. Ante las dificultades que habia que superar por fuerza Mr. de Vitrolles se calmó algun tanto, mas siguió apremiante, y dijo y redijo que el conde de Artois estaba alli, impaciente por llegar, impaciente por testificar su gratitud á Mrs. de Talleyrand y de Dalberg, y que decorosamente no se le podia tener mucho en espera.

A esta impaciencia opuso Mr. de Talleyrand el cuerpo amortiguado, que oponia á todos los choques importunos, su indolencia burlona, diciendo lentamente y despues de pasear distraidas miradas de un lado á otro, que ya se veria, que aun quedaban muchas cosas que hacer antes de lograr la ventura de echarse en brazos del conde de Artois, y que á más se trataria de ello cuanto antes fuera posible. De boca de Mr. de Dalberg oyó Mr. de Vitrolles palabras mas capaces aun de dejarle helado, si su ardor fuera menos intenso. Mr. de Dalberg era de los mas decididos contra Napoleon, á la par que de los mas decididos contra el restablecimiento incondicional de los Borbones. Francamente liberal, á nadie ocultaba la espresion de sus sentimientos.—Se trata de caminar de prisa, decia á Mr. de Vitrolles, pero tambien se trata de caminar sobre seguro. Nada está aqui en caja. Lo indecible cuesta que la destitucion de Napoleon se pronuncie definitivamente. Aun intimidada á todo el mundo. No hay otro medio que servirse del Senado. Vencido por los sucesos, se rendirá al cabo, pero exigiendo garantías, y hará perfectamente. Además, sobre cuanto se hace aqui, piensa el em-



perador de Rusia como el Senado. No por afición acepta este príncipe á los Borbones, y su dictámen es que se tomen precauciones sin cuento al poner en sus manos la Francia. Sabed, pues, esperar, y no os empeñéis en coger el fruto antes de que madure. — Por irritable que pareciera á Mr. de Vitrolles tal conducta, se hubo de someter á ella y de resignarse á esperar. Por lo demás, no se había perdido tiempo. El 34 de marzo fueron recibidos los soberanos y se les hizo determinar que no tratarían con Napoleón ni con ningún individuo de su familia: el 4.º de abril formóse un gobierno provisional, y se dejó que se fijara en las esquinas el manifiesto del cuerpo municipal de París á favor de los Borbones. Se estaba en la mañana del 2 de abril, sin que se hubiera dejado de emplear un instante. Mas llegada era la hora del acto esencial y decisivo, de pronunciar la destitución de Napoleón. Instituyó un gobierno provisional equivalía de seguro á declarar implícitamente que el gobierno de Napoleón ya no era reconocido, pero se necesitaba declararlo de un modo terminante, y tras de dar el primer paso, no se podía negar de cierto el Senado á dar el segundo. Con todo, si se veía afanosos por hacerse valer á algunos senadores, á la par hablando y obrando en el sentido del día, la masa mostrábase consternada, silenciosa, inactiva, y aunque dispuesta á pronunciar la destitución de Napoleón, ya que no con la voz pedía con los ojos que se llevara redactado el decreto, para no tener que hacer mas que firmarlo. Pero había en el Senado algunos personajes en menos apuro y con mas propensión á dar la cara, y no eran otros que los de la oposicion anti-

gua, quienes por lo común se juntaban en Passy, donde bajo la inspiracion de Mr. Sieyes, sobre todos los actos de Napoleón descargaban su censura harto justificada por desgracia. Al cabo de doce años de opresion su corazon estaba lleno, y tenia necesidad de desahogo. Mr. de Talleyrand, que en los últimos tiempos se había mofado del imperio por su cuenta, sin concierto alguno con los opositores de Passy, opinó que se diera vado á su resentimiento y se les dejara proponer y redactar el acta de destitucion. Esta importantísima tarea se puso á cargo de Mr. Lambrechts, hombre de bien, sencillo y alentado, que no pensaba mas que en ser útil, sin cuidarse de si servia á los cálculos de personas que se le aventajasen por avisadas. Se dedicó la noche del 2 de abril á preparar la destitucion, no sin prometer á los que se hacian instrumento de ella aplicarse á la constitucion de seguida, condicion formal y reconocida de la vuelta á la antigua dinastía. El mismo dia en que se debía proceder á acto de tanta monta, Mr. de Talleyrand presentó el Senado al emperador Alejandro. Este monarca, ocupado únicamente en agradar á los parisienses, ya se había paseado á pié por medio de ellos, acariciándoles con la mirada; arrancándoles saludos á fuerza de ponerles buen rostro y de su afabilidad seductora; prodigando aqui y alli muy felices frases; diciendo á cuantos se lo querian oír que admiraba á los franceses, y les amaba y no les atribuía de ningún modo las desdichas de Rusia; que no se quería vengar de ellos, sino por el contrario, hacerles todo el bien posible; que no se juzgaba su vencedor, sino su libertador tan solo, y que se ha-



había muy convencido de haber triunfado de su resistencia, porque sentían y pensaban como él, y tenían horror al yugo, que ahora acababa de ser roto. Estas ideas, reproducidas de cien modos finos, delicados, agradables, produjeron su efecto, pues á sus anchas el orgullo nacional ante un vencedor que se desvivía por agradar á los vencidos, se prestaron á sus halagos y correspondieron á ellos, de modo que de súbito vino á ser Alejandro el personaje mas popular de París sin la menor duda. Al ver que era el único á quien miraban y de quien hacían caso y á quien buscaban aquellos parisienses, dispensadores de la gloria en los tiempos modernos, se sentía embriagado de su triunfo, y dispuesto á pagarlo en prestar á Francia todos los servicios compatibles con la ambición rusa.

Se le presentó, pues, en la noche del 2 de abril el Senado. Le acogió con la mas cabal cortesía, repitiendo que se había armado, no contra Francia, sino contra un hombre; que había admirado cómo se batían los franceses hasta á disgusto; que veía con satisfaccion grande ya terminada la horrible lucha, y que en prueba de experimentarla de lleno, y de abrigar la esperanza de que no se renovaría en adelante, ahora acababa de decretar la libertad inmediata de los prisioneros franceses retenidos en la vasta extension de su imperio. Cautivado de cuanto podía excusar su sumision el Senado, dió las mas expresivas gracias por este acto magnánimo al emperador de Rusia, y prometióle contribuir en lo que estuviera de su parte á poner término á las desventuras de Francia y del mundo. En este mismo dia pronunció el Senado la destitucion de Napoleon definitivamente. Formulada

la resolución en dos artículos esenciales se reducía á espresar que la soberanía hereditaria establecida en la persona de Napoleon y de sus descendientes se daba por abolida, y que todos los franceses quedaban libres del juramento que le habían prestado. Una vez presentada la proposicion no podia menos de ser adoptada por todos los votos. Lo fué sin resistencia alguna, en medio de una especie de silencio grave y triste, como un decreto del destino ya dado en otra parte, y mas alta que el Senado y mas alta que la tierra. Solo estaban alegres y se atrevían á demostrarlo los de la oposicion antigua. Asi se les encargó la redaccion de los considerandos de este capitalísimo decreto. Mr. Lambrechts admitió la tarea, y hablando á nombre del Senado como si hablara por sí solo, propuso los considerandos siguientes:—Napoleon habia violado todas las leyes en virtud de las cuales fué elevado al trono; habia oprimido la libertad pública y privada, encerrado arbitrariamente á los ciudadanos, impuesto silencio á la prensa, levantado hombres y tributos con violacion de las formas ordinarias, vertido en guerras locas é inútiles la sangre de Francia, cubierto de cadáveres la Europa, sembrado los caminos de heridos franceses abandonados, y llevado, en fin, la audacia, hasta el extremo de no respetar el voto de la nacion en materia de impuestos, exigiendo contribuciones en el mes de enero último sin intervencion del Cuerpo legislativo, y hasta no respetar siquiera la *cosa juzgada* anulando el año anterior el fallo del jurado de Amberes. Por todas estas razones debia ser destituido Napoleon del trono, con todos sus descendientes.



De tal modo parecia olvidar Mr. Lambrechts que, si la libertad individual y la libertad de imprenta habian sido sacrificadas, al Senado le correspondia estorbarlo; pues tenia á cargo el examen de los actos extraordinarios relativos á las personas y á los escritos; que si conscripciones repetidas continuamente habian permitido guerras locas, no se podia quejar mas que de sí mismo, por haberlas votado sin decir palabra desde 1804 hasta 1814; que si en levantar hombres é impuestos habian sido violadas las formas, tambien era suya la culpa, como que el derecho de votar hombres y dinero se habia transferido del Cuerpo legislativo al Senado, por consentimiento de éste y con infraccion de las constituciones imperiales; y por último, que si recientemente no se habia tenido respeto á la cosa juzgada, tambien resultaba el cargo en su contra, puesto que habia consentido en anular la resolucion del jurado de Amberg; de tal modo, repetimos, parecia haber olvidado Mr. Lambrechts estos hechos patentes sin duda á la memoria de todos, que el Senado hallóse casi con la misma holgura que si estuviera delante de un público que se le igualara en lo olvidadizo. Por lo demás, los considerandos encontraron la propia adhesion silenciosa que el acta, y manifestóse tanta prisa por proclamar el resultado, que para no perder tiempo se fijó en las calles de París la declaración de destitucion, dejando á los miembros de la oposicion antigua que la motivaran á su gusto.

Desde este momento el acto esencial quedaba consumado, y con pronunciar la destitucion se habia eximido á los franceses de su juramento á Na-

oleon y á su familia. Sin embargo, no bastaba romper los vínculos legales que aun unian á Francia á la dinastía imperial, sino que tambien convenia privar á Napoleon de todos los medios de recuperar el cetro arrancado de sus manos, y aun al abrigo de doscientos mil hombres. De vez en cuando entre los autores de la revolucion que se operaba actualmente, cundia un sentimiento de espanto, sobre todo, cuando pensaban en el hombre que estaba en Fontainebleau, en lo que hacia por entonces, y en lo que podia poner por obra. Le quedaba el ejército que habia combatido bajo su mando, reforzado con el que habia reunido en el camino y con las tropas que habian peleado junto á París; le quedaba el ejército de Lyon, mal mandado por Augereau si bien excelente; le quedaban los ejércitos incomparables de Soult y de Suchet, distantes sin duda, mas de fácil incorporacion, ora atrayéndolos á su lado, ora marchando hacia ellos; por último, le quedaba el ejército de Italia. ¿Qué no podia emprender con tales medios, exasperado como estaba, y en el goce de sus facultades mas que nunca, según lo habian acreditado pruebas terribles durante los dos últimos meses? ¿Y entonces mismo no podia caer de seguida sobre París con las fuerzas que tenia á la mano, y ya que no lo lograra el triunfo, á lo menos señalar su fin con alguna catástrofe trágica, con alguna ruidosa venganza que coronaran dignamente su formidable carrera? Se temblaba solo al pensar en estos distintos riesgos, y entre aquella multitud de yentes y vinientes que se agolpaban en el palacio de Mr. de Talleyrand, unos realistas de antigua fecha, otros realistas de nuevo cuño, y cuando mas del



dia antes, no habia tranquilidad ni por asomo; se vendian por las calles, se comentaban, se afirmaban ó se negaban las noticias llegadas de Fontainebleau y sus alrededores.

Un medio habia de conjurar el peligro, y estribaba en provocar en el ejército algun movimiento como el producido en el Senado. A la verdad, no solo se notaba fatiga entre los servidores civiles del imperio, sino que por lo menos era de igual magnitud la de sus servidores militares. Los infelices que detrás de Napoleon habian paseado su cuerpo, á menudo mutilado, de Milan á Roma, de Roma á las Pirámides, de las Pirámides á Viena, de Viena á Madrid, de Madrid á Berlin, de Berlin á Moscou, sin vislumbrar nunca el término de sus trabajos, escasísimos sobrevivientes á dos millones de guerreros, con muy otro motivo debian estar consumidos y desazonados que los que dentro del Senado se habian cansado de la fatiga agena. Mientras tuvieron gloria y ricas dotaciones en galardón de los continuos peligros que amenazaban su cabeza, habian seguido, aunque no sin murmuraciones á su capitan venturoso. Pero hoy que el edificio de las dotaciones, vasto como el edificio colosal del imperio y extendido de Roma á Lubeck, se acababa de desmoronar de golpe, hoy que la gloria no era ya aquella gloria esplendente que se adquiere á continuacion del triunfo, sino la gloria que se recoge detrás de reveses heroicamente sobrellevados, no era imposible trasformar los murmullos en clamores y los clamores en sedicion militar por virtud de hábiles manejos. Además se podian dar muy buenas razones á las gentes de guerra, ya persuadidas por sus padecimientos, pa-

ra comprometerlas á abandonar el mas exigente de los soberanos. Con efecto, no se trataba de abandonar á Napoleon por el extranjero, ni aun siquiera por los Borbones, lo cual inspirara escrúpulos honrosos á los unos, y profunda repugnancia á los otros, sino de abandonarle para unirse al gobierno provisional, que acababa de surgir de las mismas vicisitudes atraídas por Napoleon sobre Francia. Este gobierno, á la verdad, no era ni de los extranjeros ni de los Borbones, aunque los extranjeros pudieran ser su apoyo y los Borbones su desenlace, sino que era la reunion de los hombres de mas nota del régimen imperial que, en medio de París, desamparado por la esposa y los hermanos de Napoleon, al descubierto por consecuencia de una falsa maniobra suya, é invadido por el enemigo, se habian concertado para salvar á París, y reconciliarle con Europa, y poner término á una lucha desastrosa y ya inútil en adelante. Mientras Napoleon habia representado y defendido el territorio, por culpado que fuera, nada mas natural que adherirse obstinadamente á su persona; mas ahora que de resultas de una fatal combinacion de faltas y de descalabros se hallaba ya vencido, y nada podia por Francia, sino arruinarla quizá con la prolongacion de una guerra, legitimo parecia separarse de un hombre, que ya no simbolizaba la salvacion del pais, aunque todavia simbolizase la gloria de nuestras armas, y agruparse en torno de un gobierno, que sin deliberado propósito de imponer tales ó cuales instituciones, tal ó cual dinastía, apelaba á los buenos ciudadanos para que le ayudasen á sacar el pais de una crisis espantosa, sin perjuicio de determi-



nar despues, como su titulo de provisional lo indicaba de sobra, bajo qué leyes y bajo qué familia soberana se constituiria definitivamente la Francia ya libre y en salvo.

Ideas tan juiciosas debian hallar acceso cerca de todos los hombres sensatos, y con mas razon cerca de los hombres desabridos, extenuados, zozobrosos por sus intereses como los gefes del ejército lo estaban entonces, teniendo los mas sobre los agravios generales los particulares, pues Napoleon habia tenido que reprender á mas de uno de sus lugartenientes, con especialidad en el curso de la última campaña, y lo habia hecho con la aspereza de un carácter impetuoso y absoluto. No obstante, fuerza es decir en honra suya que delante del enemigo no habia flaqueado ninguno de ellos, y que frecuentemente los mas trabajados por la fatiga y el disgusto se distinguieron por valerosos. Mas todo tiene fin, hasta la adhesión y especialmente cuando no salta á la vista la legitimidad de la causa, y se consideran hechos los sacrificios á las pasiones de un soberano insensato. Y Napoleon no podia parecer otra cosa á los hombres persuadidos de que pudo hacer la paz siempre y de que no la quiso nunca. Le acontecia lo que acontece á los que no dicen la verdad de continuo, que no se les cree ni aun cuando la dicen de plano. Napoleon habia sido culpable de no celebrar la paz en Praga, imprudente no celebrándola en Francfort, mas era honroso que en Chatillon no la hubiera aceptado y heroico aspirar en Fontainebleau á prolongar la guerra para sacar á Paris de manos del enemigo. Mas no se creia nada de esto, y la pesadumbre, la noble pesadumbre de Mr. de

Caulaincourt, casi habia venido á ser para Napoleon una calumnia. El sentimiento expresado por Mr. de Caulaincourt de resultas de ver tantas veces desechada la paz, daba á entender que todavía recientemente, y con especialidad en Chatillon, se pudo celebrar de una manera honrosa á no haber sido rechazada con demencia. Ya no se veia en Napoleon mas que á un loco furioso, de cuyas manos habia que sacar á Francia de seguida y á todo trance.

En las filas inferiores del ejército se notaba el sentimiento de la fatiga fisica á las veces, pero un dia de sol, un buen rancho, una hora de reposo, la vista de Napoleon, bastaban para desvanecerlo. Entre los gefes sí que se notaba la fatiga mas peligrosa, la fatiga moral y en proporcion del grado, esto es, de la prevision para lo futuro. Grande para los generales rayaba en los mariscales al último extremo.

Uno habia entre todos, y quizá de quien menos se hubiera sospechado, al cual Mr. de Talleyrand por virtud de su disposicion natural para descubrir el lado flaco de los corazones, ya habia señalado con el dedo como el hombre que cederia mas pronto á las buenas y á las malas razones que se pudieran alegar para apartar de Napoleon á sus mas íntimos lugartenientes, y no era otro que el mariscal Marmont. Este oficial, á quien Napoleon habia creado mariscal y duque, por complacencia de antiguo condiscipulo mas bien que por estimacion de su talento, no se creia bajo el régimen imperial apreciado en su justo valor, colocado en su verdadero puesto, y es indudable que, aficionado á su persona, y estimando su brillante